



El entorno físico de la lectura infantil y juvenil

* JUAN JOSÉ FUENTES ROMERO

Desde que a fines del siglo XIX se produce el cambio, casi una auténtica revolución en el mundo del libro, por el cual las bibliotecas dejan de ser centros para la erudición y se transforma en auténticas universidades del pueblo, con unos claros objetivos de formar, informar y entretener, las diversas secciones que la configuran comienzan a tener cada vez mayor importancia; pero, de entre todas estas secciones (Referencia, Fondo Local, Préstamo...) hay una que, poco a poco, se va transformando en esencial: la sección infantil y juvenil.

No vamos a entrar aquí y ahora en el análisis de las diversas causas (sociológicas, económicas, educativas...) que hacen que el niño y el joven vayan teniendo cada vez mayor importancia en el mundo occidental; podríamos hablar, hoy en día, de una auténtica nueva clase social: *la juventud*, que irrumpe cada vez con más fuerza, creando nuevos modos y costumbres, con una capacidad adquisitiva nada despreciable y con un creciente poder social.

La biblioteca pública, como institución viva, dinámica y profundamente enraizada en la comunidad a la que sirve, no permanece ajena a estos cambios sociales, si el niño y el joven tienen un papel cada vez más importante en la sociedad, como reflejo de ello, su papel en la biblioteca es -va siendo- cada vez más y más importante, y ello por dos razones básicas: 1ª) Intrínsecamente, el niño y el joven son personas en sí mismos, con sus propios afanes, deseos, ilusiones y objetivos. Se ha cambiado la mentalidad tradicional según la cual el niño y el joven interesaban sólo en tanto en



cuanto eran adultos en potencia o, por así decirlo, hombres y mujeres a escala reducida.

Ahora, muy al contrario, se piensa -acertadamente, obvio es- que el niño y el joven importan *per se*, son fases en la evolución hacia el adulto, pero fases esenciales, importantísimas, de modo que sólo de niños felices, queridos, "normales" (¿qué es la "normalidad" realmente?) podremos tener adultos que alcancen adecuadamente su madurez y para sí mismos, para quienes les rodean, para la sociedad en bloque.

2ª) Ello no obstante, y sin extremar las cuestiones, todo niño o joven es un adulto en potencia; si entendemos que el libro, la lectura, es una herramienta que sirva al hombre y a la mujer durante todo su recorrido vital y no sólo en su período de formación educativa, la mejor manera de tener buenos adultos lectores es formarlos

desde el principio, desde la primera infancia y a lo largo de toda la juventud.

Este doble papel, intrínseco y, por así decirlo, del niño y del joven, resulta, como venimos diciendo, cada vez más importante en la biblioteca, de modo que la atención a las necesidades librerías de este sector tan específico de la población, el análisis considerado de los procesos de selección de los materiales adecuados, la racional y comprensible organización de esos materiales y su acceso fácil, cómodo y rápido, el montaje de una adecuada sección de préstamo, etcétera, es algo esencial si queremos tener -y mantener- como asiduos a la biblioteca pública a todo este, cada vez más amplio, sector de la población.

Ello, todo a lo que nos venimos refiriendo, es esencial si queremos tener una buena biblioteca infantil-juvenil; pero hay algo previo, *sine qua non*, algo que si existe con cualidades adecuadas va a propiciar eficazmente todo lo demás.

Al mismo tiempo, si ese algo no se da cumplidamente, en las calidades y condiciones necesarias, difícilmente van a poder realizarse digna y eficazmente los procesos posteriores: nos estamos refiriendo a las instalaciones físicas, al edificio o sala, a su mobiliario, a sus condiciones de habitabilidad, a la maquinaria que se use.

El edificio bibliotecario destinado a niños y jóvenes es, pues, algo esencial para conseguir atraer a este sector de la población; pero también es muy importante si, además, queremos que se transformen en buenos lectores y en buenos usuarios de la biblioteca.